

montana. ¿Y qué otro camino podia seguir, dice San Ambrosio? La gracia siempre inclina nuestro corazon á aquellas montañas eternas, en donde se halla nuestro tesoro: *¿Quo enim, jam Deo plena, nisi ad superiora conscenderet?* Esta es la instruccion que doy á los que, fiados poco de la gracia, desconfían de poder llegar jamás á aquella santa ciudad, situada sobre la montaña.

Acaso me dirá alguno: yo bien conozco mi flaqueza, tengo horror al pecado, no quisiera haber perjudicado á mi prójimo; pero hay mil cosas cerca de las cuales todos los dias me está el predicador exhortando desde el púlpito, y yo no las puedo ejecutar; yo convengo en que si hemos de vivir segun manda el Evangelio, es preciso tomar otras medidas; bien sé que Jesucristo amenaza con una eternidad de penas á los que no padecen en la tierra; que los que aman desordenadamente á su alma, la pierden; que es preciso llevar su cruz y negarse á sí mismo para ser su discípulo; que la vida cristiana es una pública profesion de penitencia, y que así como no podemos llegar á Dios sin estar incorporados con Jesucristo, no podemos incorporarnos con Jesucristo sin ser crucificados con él; bien lo sé, y esto es precisamente lo que me hace desconfiar de no poder ser nunca virtuoso: yo procedo con buena fe, no estoy engañado en este punto; conozco hasta dónde se extienden mis obligaciones; y si abrazara el camino de la virtud le abrazaria enteramente; no seria como otros muchos que quieren juntar á Dios con el mundo, al Evangelio con los deleites, y que por querer vivir con el mundo y con Jesucristo, no agradan á uno ni á otro.

Pero ¡oh hombre! ¡y qué grande es tu desorden en este asunto! Conoces tu flaqueza y tu imposibilidad, pero ignoras que la gracia es el remedio de la flaqueza. ¿No oyes

las palabras consoladoras del Salvador de los hombres? Venid á mí todos los que estais débiles y cansados, y yo os aliviare: es verdad que nos declara que sin él nada podemos hacer; pero nos asegura al mismo tiempo que con él no hay cosa que nos sea imposible; que no hay obstáculos que no venza su gracia, ni enfermedad que no cure; aquí es, ¡oh hombre! donde debes buscar la fuerza que te falta. ¿Qué pensariamos de un enfermo que padeciendo una enfermedad peligrosa no quisiera tomar las medidas para su salud, solamente por haber conocido que estaba enfermo? La misma enfermedad nos avisa que es preciso recurrir al arte y á los remedios.

¿Os detiene la dificultad de la empresa, católicos? ¡Ah! si fuera menester, como en otro tiempo, exponeros al furor de los tiranos, padecer la pérdida de los bienes, de la honra y de la vida por la fe de Jesucristo, tendríais algun motivo para temblar, considerando vuestra flaqueza; aunque entonces debierais decir con el apóstol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.* Pero Dios no pide tanto; podeis vivir tranquilos entre vuestros parientes y amigos, sin tener que temer, ni en orden á vuestra fortuna ni á vuestra vida; lo que solamente se os pide es el sacrificio de vuestras pasiones, el que os aparteis del vicio, que aborrezcais al mundo y á sus máximas, y que os ejerciteis en las virtudes evangélicas; algo mas de ejercicio en la oracion, mas amor al retiro, mas fervor en frecuentar los Sacramentos, un aprovechamiento mas cristiano del tiempo, mas cuidado con vosotros mismos, menos horror á la cruz de Jesucristo; ¡y por eso solo os asustais, os acobardais y no os atreveis á intentar esta empresa? ¡y sacrificais locamente las esperanzas de una eterna felicidad á vuestra delicadeza y cobardía?

¡Oh generosos fieles de los primeros siglos! Los mas crueles tormentos no pudieron separaros de la caridad de Jesucristo; hubiérais recelado de vuestra virtud, hubiérais dudado de vuestro amor á Jesucristo si este amor no os hubiera costado vuestra sangre; os miraban como á la cosa mas infame de la tierra, y vuestro mas suave consuelo era el no poseer nada en ella y ser tenidos por dignos de padecer oprobios por el Salvador. En estos últimos tiempos nos persuadimos á que cuesta mucho trabajo el ser cristiano cuando tenemos que privarnos de un solo placer; el cielo nos parece muy caro á tanta costa. ¿Somos nosotros los sucesores de vuestra fe? ¿es nuestra esperanza diferente de la vuestra? ¿ó el Dios que nosotros adoramos es menos digno de nuestras ansias?

Por otra parte, católicos, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero sin hablar aquí de los divinos consuelos que Dios prepara, aun en la tierra, á los que le aman; sin hablar de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, á quien al mismo tiempo podemos llamar gusto anticipado y prenda de la felicidad que está reservada en el cielo á las almas fieles; sin deciros con el apóstol, que cuanto se puede padecer en la tierra no es digno de compararse con la recompensa que nos espera; si procediérais de buena fe y quisiérais manifestarnos aquí con sinceridad los disgustos que acompañan á la vida del siglo, ¿qué cosa nos diríais? ¿y qué cosas no se dicen en el mismo siglo acerca de esto? *Beata quæ credidisti!* exclaman como en otro tiempo Isabel, cuando ven á una alma desengañada del mundo? ¿Qué feliz es aquel que sabe pasarse sin lo que la religion nos manda aborrecer! Es prudente, piensa en otra vida, escoge la mejor parte; ¿por qué no hemos de té-

ner nosotros valor para hacer lo que él hace? Aquello es lo sólido, lo demás es un engaño, y no hallamos en ello placer alguno que no sea preciso comprarle á costa de mil pesares.

Y á la verdad, ¿qué furores no trae consigo un matrimonio que salió mal, una pasión despreciada, un juego desgraciado, un negocio que se pierde, una amistad engañada, un puesto perdido, una reputación manchada, un pleito dudoso, un grande infortunio que nos arruina, una alianza que nos afrenta, un nombre que va á extinguirse, una muerte que nos quita una persona, ó querida ó necesaria; una familia mal educada, una desgracia ó una preferencia injusta?

Pero aun cuando hubiérais evitado todos estos contratiempos, no pudiérais libraros de vosotros mismos, porque por último, Dios mio, por mas que un pecador se ciegue, las reliquias de una educacion cristiana pleitean siempre á favor vuestro en lo íntimo de su corazon, y emponzoñan sus dulces alegrías; conocemos la nada del deleite, tenemos algunos instantes de reflexion que nos matan; el corazon, criado para una mas sólida felicidad, se divierte, pero no se satisface; da vueltas al rededor de las criaturas sin poder fijarse; lleva consigo á todas partes un peso de iniquidad y de tristeza que le despierta en medio de las alegrías y diversiones; finalmente, hallamos nuestro remedio en el mismo mal, el disgusto en la alegría, y solo experimentamos vivo deseo del deleite en el instante que le precede.

Sobre este pié gira el mundo; lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso le amamos; nos familiarizamos con los pesares en que no podemos hallar alivio alguno; nos asustamos con solo la memoria de los santos rigores del Evangelio, en los que nos consuela la fe, nos mantiene la espe-

ranza, y á los que suaviza la caridad. ¡Ah! ¡si pudiera yo, católicos, exponeros aquí el corazón de un justo y haceros ver aquellas castas delicias, aquella tranquila felicidad que acompaña á la inocencia! ¡Qué secretos placeres no experimenta viviendo de la fe, mirándose como un extranjero en la tierra, y suspirando continuamente por su patria! ¡Qué excesos de amor durante el curso de aquellas fervorosas oraciones en que contemplando la fe con mas viveza, se acuerda de la eternidad, sin ver mas que de lejos la figura del mundo! ¡qué disgusto siente al salir de allí para asistir á las vanas alegrías de los mundanos! llora, se lastima de su desórden, los mira como á frenéticos que se rien estando para morir, y como á reos destinados al suplicio, y que sin saberlo se regocijan cuando los conducen á él.

Pero vosotras, vírgenes santas que me escuchais, ¡cómo podríais explicar esta doctrina mejor que yo! Vosotras que estais instruidas en las castas delicias que acompañan á la inocencia y á la piedad, ¡qué maravillas no descubriríais de la gracia? ¡qué podría oponer el siglo á un ejemplar de tanto consuelo? Quedarian confundidos los frívolos pretextos que tantas veces se alegan de la edad, del sexo, del nacimiento, pues vemos aquí la edad mas tierna, el sexo mas delicado, el mas distinguido nacimiento, añadir rigores á los rigores del Evangelio, y hallar en el santo ejercicio de las religiosas virtudes, dulzuras mas verdaderas que las que puede ofrecer todo el mundo á sus mas declarados partidarios.

Ahora es cuando yo quiero confundir la iniquidad con la iniquidad misma: ¿un hombre entregado á la ambicion se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Parece otro hombre, se trasforma, fuerza su natural y le

sujeta á su pasion; aunque sea de un natural vano y soberbio, se le ve con ademanes de timidez y sumision; sufre los caprichos de un ministro, procura merecer con mil ruindades la proteccion de un subalterno de manejo, y se degrada hasta querer ser deudor de su fortuna á la vanidad de un criado ó á la avaricia de un esclavo; aunque sea vivo y amante de las diversiones, gasta enfadosamente en las antesalas y en seguir á los grandes, el tiempo que en otra parte le prometia mil placeres; aunque sea enemigo del trabajo y de la molestia, cumple con empleos penosos; se priva, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sueño y de su salud por cumplir con ellos; finalmente, aunque sea miserable, se hace liberal y aun pródigo; todo lo inunda con sus dádivas, y paga con sus liberalidades hasta la afabilidad y miradas de un criado.

Un hombre entregado á una amistad profana, bien lo sabeis, en nada halla obstáculo; nada le cuesta trabajo cuando se trata de satisfacer su pasion; las mismas dificultades le sirven de gusto, le estimulan y avivan; solamente en el negocio de la salvacion es en el que nos acordamos de que somos flacos, y en el que hallamos montañas inaccesibles.

¡Ah católicos! el sensual, el ambicioso, se levantarán contra nosotros en el dia del Señor, y con la memoria de los trabajos que padecieron por satisfacer su antojo, nos confundirán en el tribunal de Jesucristo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza.

Digámonos, pues, desde ahora á nosotros mismos lo que aquella voz del cielo decia en otro tiempo á San Agustin, acobardado como nosotros con la dificultad de su salvacion: *Tu non poteris quod isti, et istæ?* ¿Por qué no he de poder yo hacer lo que otros muchos antes de mí han hecho, y aun es-

tán haciendo todos los dias? ¿me he de quedar yo, ¡oh Dios mio! aprisionado en el mundo, y dejándome arrebatado de la corriente, cuando á mi presencia veo á algunos que se libertan del naufragio y caminan con felicidad hácia el puerto? ¿no sois vos mi Dios como el suyo? ¿no salió mi alma de vuestras manos y fué lavada con la sangre de vuestro Hijo? ¿no tengo yo la misma esperanza? ¿no soy yo llamado á la misma herencia? ¡Ah! solamente mi cobardía es quien me impide el que os siga; mil veces vuestra gracia me ha hecho dar el primer paso; pero deteniéndome por leves obstáculos, me he vuelto á mis caminos. Mandadme, Señor, otra vez que vuelva á vos, pero mandádmelo con aquella voz fuerte y poderosa á que no resiste la dureza de un corazon; y como Pedro, despojándome de todos estos vestidos que me estorban y detienen, libre y desembarazado, iré á juntarme con vos, aunque sea atravesando las olas del mar. Sí, Señor, iré atravesando las borrascas del siglo, en donde son tan resbaladizos los escollos, tan frecuentes los naufragios y tan difícil la salvacion.

TERCERA PARTE.

El mundo está sujeto á otro error en orden á la dificultad de la salvacion, muy distinto del que acabo de impugnar; y este error, aunque mas disimulado, es no obstante mas universal y menos fácil de corregir, y consiste en que aunque hay sugetos á quienes asusta la severidad de las leyes del Evangelio y les impide el que entren en el camino que conduce á la vida, como acabamos de ver, hay tambien algunos que quieren persuadirse á que la salvacion no encierra tan grandes dificultades: estos sugetos, habiendo nacido con un génio pacífico é igual, no creen hallar en el

Evangelio nada que se oponga demasiado al amor propio: forman un plan de virtud en el que con nombres disfrazados entran la ambicion, el lujo, el regalo, la vanidad y otras pasiones aun mas delicadas; su buena conducta consiste mas en huir del mal que en practicar el bien, y viviendo tranquilos acerca de su salvacion, lloran el desorden de los pecadores que rehusan el salvarse casi á menos costa que otros se condenan; ilusion bárbara, injuriosa á la cruz de Jesucristo, y que voy á confundir tambien con el ejemplo de María.

No examina la Señora si se puede llegar á la ciudad de Judá por caminos menos ásperos y fatigosos; escoge sin detenerse el mas penoso, y en las mismas dificultades halla su seguridad; esta es la instruccion que da María con su ejemplo á los que quieren llegar á la celestial Jerusalem por caminos cómodos y llanos, sin pasar por las montañas santas sobre que está fundada. Desengañémonos, católicos; es necesario que el salvarnos nos cueste trabajo, y el reino de los cielos solo será premio de las continuas violencias que ejercitemos con nosotros mismos. No obstante, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion. La austeridad de los claustros es santa, dicen algunos, pero no seria razon obligar á ella á los que no llama el cielo por este camino; en la casa del Padre celestial hay muchas moradas, y de no merecer las primeras no se sigue que debamos ser excluidos de todas las demás, pues finalmente hay algunos honestos placeres que no nos prohíbe el Evangelio.

Y fundada en este principio una mujer que no viola la fe conyugal, que no juega juegos excesivos, que se abstiene de ciertos excesos que son reparables entre la gente bien criada, que en sus conversaciones no excede los límites de

aquella vergüenza que tan bien parece en su sexo, que asiste al templo los días festivos para participar en él de la sagrada carne del Cordero, que ejerce algunas liberalidades en alivio de los miembros de Jesucristo, ya vive tranquila en orden á su salvacion, ya no tiene que reprenderla el confesor, y por mas revestido que esté de la autoridad de Jesucristo, no seria bien recibido si quisiera desconcertar este método de vida. Pero esta misma mujer es delicadísima en punto de los honores que se deben á su clase y nada perdona en esta materia; gusta de la pompa y del fausto, cultiva amistades tiernas, mantiene conversaciones vivas, muestra complacencia en oír los equívocos impuros de un hombre profano, y por alabar su talento favorece la corrupcion de su corazón; es extremadamente delicada en orden á su hermosura; emplea en su adorno unos cuidados que si los empleara en adornar su alma con virtudes celestiales, las pagaríais, Dios mio, con una eternidad de bienaventuranza. Pero la abnegacion de sí misma es un nombre que no conoce; acaso en toda su vida no se ha privado de un solo deseo por Jesucristo, y finalmente, toda su religion se reduce á los intereses de su honor y á cuidar de este cuerpo de barro en quien idolatra. O el Evangelio es una ley cruel, ó esta mujer no es cristiana; porque ¿qué cosa hay menos compatible con el Evangelio y por consiguiente con el cristianismo, que aquel regalo, aquella soberbia, aquel amor propio, aquella delicadeza de que no hace escrupulo? Pero no importa; el uso la asegura y la hace creer que va por buen camino, porque aun no se halla en lo profundo del precipicio.

Este es hoy el capricho del mundo; se forma planes de religion, idea una moral acomodada que reconcilia á Jesucristo con Belial, que ingerta en una raíz cristiana las mas

puras máximas del paganismo; mantiene del mundo los placeres, la inutilidad, el regalo y ambicion, y del Evangelio una fe muerta é inútil, esto es, por una parte separa los pecados y por otra las virtudes.

Acerca de esto se vive con tranquilidad en el mundo, y se espera sin temor, oh Dios mio! vuestro terrible juicio, cuando al mismo tiempo el justo, retirado en un oscuro rincon, con el rostro pálido y deshecho, con el cuerpo flaco y extenuado con los trabajos de una larga penitencia, con el corazón purificado con el fervor de las oraciones, os pide con el profeta que no entreis con él en juicio; repasa en la amargura de su corazón algunas faltas leves que le aumenta su piedad y que solo han sido efecto de la inadvertencia de su flaqueza, y no se atreve á tener seguridad ni en el tesoro infinito de vuestras misericordias, ni en el penoso cúmulo de obras santas en que su fe descubre manchas: *Quid ista cecitate tenebrosius*, exclama San Juan Crisóstomo; el pecado algunas veces conduce al arrepentimiento; pero esta vida mundana siempre viene á parar en una triste y funesta impenitencia.

¿En qué no podrá engañarse el espíritu humano, pues se engaña en esto? ¿qué precauciones podrán añadirse, oh Dios mio! á las que habia tomado vuestra sabiduría para dar á conocer á los hombres que la cruz y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra, y que es tan imposible el ser verdadero cristiano sin padecer, como el ser cristiano sin estar bautizado? ¿á qué se reduce todo el Evangelio sino á esta verdad? ¿cuántas veces se repite en él? ¿y en cuántas parábolas bien claras la habeis comprendido?

Además de esto, la religion, dicen algunos, no prohibe todos los placeres; pero, católicos, ejecutad todas las auste-